

Juan Valdano

La nación presentida

30 ensayos
sobre
Ecuador



Juan Valdano

**La nación
presentida**
30 ensayos
sobre
Ecuador



USFQ PRESS

Universidad San Francisco de Quito USFQ

Campus Cumbayá USFQ, Quito 170901, Ecuador

USFQ PRESS es el departamento editorial de la Universidad San Francisco de Quito USFQ. Fomentamos la misión de la universidad al diseminar el conocimiento para formar, educar, investigar y servir a la comunidad dentro de la filosofía de las Artes Liberales.

La nación presentida: 30 ensayos sobre Ecuador

Autor: Juan Valdano

Esta obra es publicada luego de un proceso de revisión por pares (peer-review) que contó con la participación de los siguientes revisores académicos: Álvaro Alemán (Universidad San Francisco de Quito USFQ, Quito, Ecuador) y Jorje H. Zalles (Universidad San Francisco de Quito USFQ, Quito, Ecuador).

Producción editorial: Valentina Bravo

Corrección ortotipográfica: Yanko Molina

Diseño y diagramación: Krushenka Bayas

Diseño de portada: Krushenka Bayas

Fotografía del autor: Ronald Manosalvas Crespo

Ilustración portada: Shutterstock

1ª edición, agosto 2019

Tiraje: 500 ejemplares

Registro de autor: 056941

Depósito legal: 006397

ISBN: 978-9978-68-145-9

Impreso en Ecuador por Ediecuatorial – Printed in Ecuador

Más información disponible en: <http://libros.usfq.edu.ec>

© Universidad San Francisco de Quito USFQ, 2019

© Juan Valdano, 2019

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Catalogación en la fuente. Biblioteca Universidad San Francisco de Quito USFQ.

Valdano, Juan, 1940-

La nación presentida : 30 ensayos sobre Ecuador / Juan Valdano ; [revisión, Álvaro Alemán y Jorje H. Zalles]. – Quito : USFQ Press, 2019
p. cm.

ISBN:

1. Ensayos ecuatorianos. – 2 Ecuador – Ensayos. – 3. Literatura ecuatoriana. – I. Alemán, Álvaro, rev. – II. Zalles Santiváñez, Jorje Hugo, rev. – III. Título.

CLC: PQ 8220.32 .A43 N33 2019

CDD: Ec864 V3

OBI-078

El uso de nombres descriptivos generales, nombres comerciales, marcas registradas, etc. en esta publicación no implica, incluso en ausencia de una declaración específica, que estos nombres están exentos de las leyes y reglamentos de protección pertinentes y, por tanto, libres para su uso general.

La información presentada en este libro es de entera responsabilidad de sus autores. USFQ PRESS presume que la información es verdadera y exacta a la fecha de publicación. Ni la Editorial, ni los autores dan una garantía, expresa o implícita, con respecto a los materiales contenidos en este documento ni de los errores u omisiones que se hayan podido realizar.

Nota de los editores: Siempre que ha sido posible, se han anotado las referencias completas. Sin embargo, en muy pocos casos hay detalles faltantes pues no se ha logrado localizar el documento original del que fueron extraídas por el autor.

“Esta mi tierra linda, el Ecuador tiene de todo...”
(De una canción popular).

Contenido

1. Un caos que “funciona”	13
La “cultura” del caos	13
Demagogia y despotismo	14
Entre el orden y la anarquía	15
Lo nuestro: invención e indisciplina	17
Construir la nación	19
2. Entre el <i>horror vacui</i> y el <i>proclivitas plenus</i>	23
Tropicalismo y hojarasca	23
El discurso interminable	25
El hombre y el paisaje	26
3. Obsesión del ombligo	29
Macondo: un retorno al “buen salvaje”	29
Nuestra vivencia cíclica del tiempo	31
Superación del narcisismo	33
4. La roca de Sísifo	35
La esquivada modernidad	35
La búsqueda de llegar a ser	36
Ecuador: discrepancia y paradoja	38
5. La reflexión americana	41
La historia de la idea americana	41
El ensayo nació en América	42
Entre el <i>noce te ipsum</i> y la crítica de la sociedad	43
6. El descubrimiento de Europa y la revelación de América	45
Fascinación y rechazo	45
América y la germinación de la idea europea	46
América y el Renacimiento	48
7. La mirada daltónica del conquistador	51
Ausencia de un sentido estético del paisaje	51
El “prado ameno” de Alonso de Ercilla	53
8. Eurocentrismo de Hegel	55
Hegel: la Historia de Europa es la Historia del mundo	55
La respuesta de América Latina	57
Persistencia del prejuicio eurocéntrico	58
Humboldt: la otra mirada	60
La “decadencia” de Occidente	61

9. En busca del paraíso perdido	63
El trópico americano: un edén accesible	63
Un infierno para el hombre civilizado	65
Fecundidad, podredumbre, evaporación	67
La culpa y el paraíso	68
10. La mirada ajena	71
No hay miradas inocentes	71
Viajeros del siglo XIX	72
Mentalidad del colonialista	74
Una visión prejuiciada de la realidad americana	75
11. Las ruinas del pasado son las ruinas del presente	79
Un enviado de Lincoln entre nosotros	79
Ecuador visto por Hassaurek	81
Concepción atávica del destino de los pueblos	84
12. Una “sociedad inaccesible al viajero”	87
El “orgullo civilizador” del español	87
Un español que confiesa su culpa	89
Jiménez de la Espada y la visión del encomendero	90
Joseph Conrad y el “derecho a civilizar” del hombre blanco	93
13. Democracia y autoritarismo	95
El poder perpetuo	95
La libertad bajo sospecha	97
El reino de la mentira	100
La pasión política	102
14. La herencia autoritaria	107
Imagen arcaica del poder	107
Dictaduras encubiertas	109
Populismo y caudillismo	113
Los discursos del odio	115
El humor y la majestad del poder	117
15. La nación presentida	119
Debate sobre la “cultura nacional” en el siglo XIX	121
Cultura y nacionalismo	121
Búsqueda de originalidad	123
La nación: presentimiento y añoranza	126

16. Sobre nuestro hispanismo y otros estereotipos	131
“La médula de nuestra contextura nacional”	131
La “madre patria”	133
La hispanidad: un concepto que se construye a partir del siglo XV	135
17. “Dios es español”	139
Catolicidad al estilo español	139
<i>Ethos</i> colonial hispánico y <i>ethos</i> anglosajón	140
La cristianización del indio	141
“Corazón de Jesús, salva al Ecuador”	145
18. Lengua, pueblo y nación	147
La “sangre de nuestro espíritu”	147
La lengua y el mito de la raza	148
Multiculturalismo y Nación-Estado	149
El quichua y el castellano: caso ecuatoriano	151
Mestizaje lingüístico y el español de América	155
19. Explicarnos con pensamiento ajeno	159
Al encuentro de nuestra extraviada historicidad	159
<i>Ethos</i> hispánico e historiografía decimonónica	160
Marxismo, desarrollismo y teoría de la dependencia	162
Una filosofía sobre nuestra circunstancia	163
Nuestra meta: lo universal	165
20. Una visión hispanófila de la nación	167
Cevallos García: “espíritu nacional” y mestizaje	167
Lévi-Strauss: “El pensamiento salvaje es lógico”	169
Hispanoamericanos e “imperialistas civilizados”	172
Tres visiones de la conquista española	173
Pervivencia del eurocentrismo hegeliano	175
Un pensador de su tiempo	178
21. Un profeta laico de la “pequeña gran patria”	181
El sermón repetido de Benjamín Carrión	181
Un arielismo remozado	183
“Volvamos a tener patria”	184
Pensamiento utópico latinoamericano	185
Exaltación del tropicalismo	186
Entre José Enrique Rodó y Miguel de Unamuno	188
Un gamonal amigo del pueblo	190
Prosa elocutiva y sermón laico	191

22. La nación: añoranza y deseo de llegar a ser	195
El estado y la nación	195
La nación: “un principio espiritual”	196
Convergencias y divergencias	198
La comunidad imaginada	199
La nación no nace, se la inventa	200
23. Una patria, una nación	203
Fidelidad a un destino común	203
Pueblos-testimonio y pueblos nuevos	205
Tan importante es recordar como olvidar	206
Lo mestizo: conflicto y superación	207
24. Identidad, alteridad y conflicto	211
Las razones de la tribu	211
<i>Who are we?</i>	212
Progreso y tradición cultural	213
Un hito: 1992 y la resistencia indígena	214
Entre el <i>Ego</i> y el <i>Alter</i>	215
25. El estado es plural, la nación es diversa, el Ecuador es uno	217
Diversidad <i>versus</i> homogeneización cultural	217
La Nación-Otra de los pueblos indígenas y afrodescendientes	218
La Nación criolla, una cosmovisión de lo blanco-mestizo	220
El Estado plural y el derecho a la diferencia	221
26. Janus moderno	225
Dos miradas y una misma cabeza	225
La Historia como “partera” de la nación	226
Ambivalencia de la sociedad actual	227
Construir la nación: un proyecto inacabable	228
27. La “cultura nacional”	231
¿Existe la “cultura nacional”?	231
La visión criolla: <i>legitimización</i> y <i>asimilación</i> de lo europeo	232
La visión mestiza: el <i>reconocimiento</i> de las raíces	234
Posmodernidad y pensamiento global	237
28. El abigarrado rastro de la cultura nacional	241
El metal y la escoria	241
Retazos de una identidad	244

29. Identidad y medios de comunicación	247
El “ <i>de-dónde-vienes</i> ” y el “ <i>a-dónde-vas</i> ”	247
Aquello que más nos conmueve	248
Nuestras debilidades y nuestras fortalezas	249
“Virtudes públicas” y “virtudes privadas”	250
Medios de comunicación y el fetiche de “lo modernizante”	250
30. La selva y los caminos	255
El mundo como objeto simbólico	255
Un mundo en transición	256
La selva y el camino: imagen totalizadora de nuestra experiencia vital	257
Metáforas de la realidad americana	258
<i>Physis</i> y <i>logos</i>	259
El caos nuestro de cada día...	260
Del <i>ego sum</i> al <i>cogito ergo sum</i>	262
La voluntad de ser, la energía de permanecer	264
Índice onomástico	267

1

Un caos que “funciona”

La “cultura” del caos

No hace mucho, un año apenas, me visitó un amigo, músico de reconocida trayectoria, compositor ecuatoriano que vive en Alemania por algo más de cuatro décadas. Me refiero a Mesías Manguashca. En la conversación que, con tal ocasión, se suscitó, me confió las impresiones que el país, nuestro país, le habían producido siempre que retornaba a él, que lo veía y reconocía luego de largos períodos de ausencia. Hablábamos mientras yo conducía mi auto esquivando, como ocurre tantas veces, la peligrosa embestida del tráfico tumultuario y desordenado de la ciudad de Quito. A propósito de ello, Mesías acotó que, entre las cosas que más lo habían golpeado estaba, justamente, ese espectáculo de caos permanente, de indisciplina crónica, de desorden alegre y altanero en el que, por lo general, se desenvuelve la vida de los ecuatorianos. El tráfico ciudadano no era sino una muestra de ello; un aspecto solo de la confusa existencia del ciudadano común.

La observación dio lugar a otras reflexiones. ¿Qué decir, por ejemplo, de eso que llamamos la “vida pública”? ¿Qué decir de la política ecuatoriana? Le dije lo que yo sentía: nuestra política es un trauma, una adicción morbosa del ciudadano urbano. La sufrimos día a día y nos perturba. Es el *modus vivendi* de una élite que lucra de ella; la ocupación de unos pocos y la preocupación de muchos. Una farándula de la que viven y medran improvisados redentores del pueblo, comedidos periodistas y medios de comunicación. Dije más: un opio de las masas semejante al fútbol. (¿Qué sería de los noticieros televisivos y radiales si cada mañana no se atizara el fuego del escándalo del día?). La política la hemos convertido

en un juego sucio, arbitrario y tramposo, pero nada hacemos por limpiarla. Abundan los charlatanes de feria, los malabaristas de circo. Lo preocupante es que aquí acostumbran cambiar de escenario: dejan el tablado, dejan los mercados para fundar partidos políticos o sectas religiosas. La política y la religión las han convertido en un histriónico espectáculo. No hay poder inocente; todo mandamás tiene conciencia culpable. La viveza de unos es menoscabo de otros.

Tenemos conciencia —y lo repetimos con frecuencia— de que somos un país ingobernable. Tal parece que, luego de comprobarlo, hasta nos regodeamos con la noticia. Una actitud que nada tiene de extraña. La ingobernabilidad es solo un aspecto de ese estado de caos social en el que nos debatimos permanentemente. La política nacional, tal como la vivimos, ha llegado a ser una expresión más de nuestra “cultura” del caos. Cada gremio, cada partido, cada región luchan por su parcela de intereses. Algo chiquito, es verdad, pero que repleta la voracidad del bolsillo de unos pocos. ¿Y el país, y el bien colectivo, y las grandes causas de la nación, a quiénes interesan? Al magisterio fiscal lo que menos le convoca es la educación pública; al transportista no le interesa la vida y seguridad del pasajero que ocupa su vehículo. ¿Qué podemos decir de ciertos banqueros, qué de los dirigentes del deporte nacional, qué de los empleados del Seguro Social?

Demagogia y despotismo

En estos mismos días en que escribo estas páginas (9 - 2009), nos repiten por todos los medios que “la patria es de todos”. Estupendo eso de que nos *devuelvan* la patria que siempre la habíamos sentido enajenada. Y, al mismo tiempo, me pregunto: pero... ¿qué hay de la democracia real? ¿Qué hay de la inclusión de las minorías? (Me refiero a esos sectores de ciudadanos que no comparten el pensar de los gobernantes). Para nosotros, eso que se llama democracia se ha convertido, con frecuencia, en la dictadura de la estadística. La frase, me parece, es de Borges. Suena a paradoja. En la práctica, ha sido inclusión de unos y exclusión de otros. Sería mejor que se nos diga: “La democracia es de todos”. Estamos acostumbrados a las incongruencias, mas no a la autocracia. Un millón, dos millones de votos depositados en las urnas por el pueblo no facultan a quien los recibe a cometer ni una sola arbitrariedad en nombre de aquel que lo eligió. Una

democracia solo cuantitativa, esto es de la mitad más uno, no es democracia si antes no consolida su legitimidad mediante el diálogo permanente con las minorías, lo que equivale a incluirlas en ese consenso indispensable que antecede a todo proyecto común de nación. Para gobernar en sociedades tan fragmentadas como la ecuatoriana no solo es necesario ganar las elecciones; es imprescindible construir una democracia consensuada. El consenso abre los caminos de la gobernabilidad. Gobierno que no es permeable a las críticas, que descalifica a quienes lo reprueban cae en el autoritarismo; la democracia se convierte en una forma vacía de contenido. La legitimidad del gobernante es frágil si es que no tiende los puentes del diálogo con las minorías disidentes. Lástima que nuestros líderes, aquellos que nos han representado estos últimos treinta años, no hayan tenido la suficiente grandeza y generosidad para ello. Regímenes que, en vez de promover los consensos, exacerban las contradicciones empiezan a descalificarse a sí mismos. Olvidan algo que el pueblo ecuatoriano ha demostrado siempre: que hasta puede tolerar la mediocridad de sus gobernantes, pero jamás el autoritarismo, el despotismo, la tiranía y, menos, la grosería. Es una lástima que el patriotismo se lo degrade, con frecuencia, a la más cursi de las demagogias.

Entre el orden y la anarquía

Alexis de Tocqueville, un francés culto, un aristócrata decepcionado de la vida política de su país, visitó los Estados Unidos en 1831 y no ocultó su admiración por el orden que comandaba la sociedad norteamericana. A su retorno a Francia, escribió un libro que no tardó en volverse célebre: *De la Démocratie en Amérique* (1835). Tocqueville destacó los logros tempranos que, en poco tiempo, habían alcanzado las antiguas colonias inglesas donde, en su opinión, triunfaba un sistema republicano y democrático bajo el imperio de la constitución y las leyes. Algo que la patria de Montesquieu y Rousseau, la Francia posrevolucionaria y napoleónica, jamás pudo lograr. A la América Latina la mira de soslayo y lo que en ella observa no le gusta. Dice Tocqueville:

Se sorprende uno al ver agitarse a las nuevas naciones de América del Sur, desde hace un cuarto de siglo, en medio de revoluciones renacientes sin cesar, y cada día se espera verlas volver a lo que se llama su estado natural.

Y continúa:

Pero, ¿quién puede afirmar que las revoluciones no sean en nuestro tiempo, el estado más natural de los españoles de América del Sur? En estos países la sociedad se debate en el fondo de un abismo del que sus propios esfuerzos no pueden hacerla salir.

Y añade aún:

El pueblo que habita esa bella mitad del hemisferio parece obstinadamente dedicado a desgarrarse las entrañas y nada podrá hacerlo desistir de ese empeño. El agotamiento lo hace un instante caer en reposo y el reposo lo lanza bien pronto a nuevos furores. Cuando llego a considerarlo en ese estado alternativo de miserias y de crímenes, me veo tentado a creer que para él el despotismo sería un beneficio. (Tocqueville, 1963, pp. 123-124)

El “estado natural” de estas sociedades —en opinión de Tocqueville— es la agitación constante, la “revolución renaciente”, en fin, el desorden, el caos... Pueblos que oscilan entre la civilización y la barbarie, el orden y la anarquía, la paz social y la agitación latente. Sociedades en las que la tolerancia, el respeto a la ley y la democracia parecen ser utopías difíciles de alcanzar. Hace casi dos siglos este era el retrato que un europeo culto hacía de nosotros. ¿Cuán cerca o cuán distantes estamos hoy de este diagnóstico?

Frente a juicios como estos de Tocqueville, juicios descalificadores de nuestra vida política —emitidos a la altura de 1830, cuando allá, en la trastornada Francia de Luis Felipe no se había extinguido aún la efervescencia revolucionaria y acá, en Latinoamérica, nuestros pueblos se debatían en el caos y hacían esfuerzos sobrehumanos para fundar las repúblicas—, no podemos dejar de considerar que estamos bajo la lupa de eso que llamo *la mirada ajena*, esto es, observados y juzgados desde la ideología eurocéntrica. Con ello quiero decir que es evidente que este viajero —como todos aquellos europeos y norteamericanos que nos visitaron a lo largo del siglo XIX— nos escudriña y juzga desde la óptica de su presumido etnocentrismo. Dos siglos después de Tocqueville, las realidades de entonces ya no son las de ahora. Un sano perspectivismo histórico nos aconseja matizar las opiniones de los testigos del pasado

tomando en cuenta los factores históricos y culturales bajo los cuales estas fueron emitidas. Así y todo, no deja de inquietar su opinión: para pueblos como el nuestro, dice este francés, “el despotismo sería un beneficio”. Son palabras que duelen... palabras que deberían hacernos reflexionar.

Lo nuestro: invención e indisciplina

Y, sin embargo, hasta podríamos pensar que Alexis de Tocqueville sigue teniendo razón cuando observamos que la vida del ecuatoriano se desenvuelve en una paradoja continuada. La tendencia a la indisciplina, al desbarajuste, al irrespeto de la norma ha pasado a ser un hábito de nuestra diaria rutina. Una vez marcado el camino escapamos por el atajo. La observación que aquella ocasión hizo mi amigo, a más de acertada, era entendible en una persona que, como él, se había acostumbrado a ese ritmo regulado en el que normalmente se desarrolla la cotidianidad de un ciudadano alemán. No obstante de ello, Mesías Manguashca remarcó sin dejar de señalar ese panorama callejero cada vez más laberíntico: “A pesar de todo, este caos *funciona*”. ¿Funciona? —me inquieté.

Y aunque él no sabía exactamente cómo mismo funcionaba, observó algo que es evidente: funciona en el sentido de que, a pesar del desorden imperante, nadie descamina, nadie, al parecer, pierde la cabeza y aunque no pocos reaccionan ante lo arbitrario, muy luego todos se acomodan a lo que parece normal en este país: el babélico desorden de nuestra vida diaria. Y esto es también parte de *lo nuestro* —acoté.

Entre nuestras virtudes, está la capacidad de improvisación y, entre los defectos: la inconstancia, la alegre irresponsabilidad. Vivimos para el instante que viene, no para el futuro que sobreviene. Imaginativos, nos favorece cierta innata capacidad de reaccionar ante lo inesperado. Superado el sobresalto, vegetamos en el olvido. El jolgorio pronto sustituye a la tristeza. Libertad para nosotros es esa capacidad de inventar, es indisciplina, extravío de la norma. Para decirlo de manera figurada: si la selva es lo nuestro, somos también capaces de orientarnos en medio de ella, trazar caminos que permitan la supervivencia.

Dispuestos a salvar escollos, buscamos abrir vías de escape, salir adelante aunque, para ello, sea necesario hacer malabares, seducir con

ilusionismo, saltar sobre la ley o hacer gala de aquella mezcla de ingenio y mala fe que se conoce como “viveza criolla”. Y todo alegremente, todo con la sal del buen humor. (Si una huelga de transportistas nos impide llegar a un puesto de trabajo, no hay problema; hasta que la solución llegue, inventamos una fiesta, aliviamos la espera contándonos cachos, algo para pasar el tiempo). Por boca del leguleyo habla el vulgo: “Hecha la norma, hecha la trampa”. Esto es, inventamos mecanismos de supervivencia, buscamos atajos, encontramos salidas. No faltará quienes me tilden de pesimista, de exagerado. Es probable que bordee la hipérbole, que haya algo de ello en mi visión; pero el panorama que estamos acostumbrados a ver no da para otra cosa.

A quienes así opinan les recuerdo que los escritores actuamos, por lo general, de manera opuesta a los demagogos. Si la actitud de estos es adular, mantener viva la superstición patrioter, la del escritor honesto (y yo me considero serlo) es la de procurar que la sociedad se mire en el espejo de su realidad. En su tiempo, Eugenio Espejo hizo lo propio e incomodó al poder. Si la verdad nos hace libres, el conocimiento de nuestra realidad es la verdad a la que debemos aspirar. Respeto, pues, a quienes me responden con opiniones adversas. Sin embargo, pregunto: ¿acaso muchos banqueros, durante la década de 1990, no usaron de las mismas leyes para atracar a sus clientes? Somos imaginativos para justificar el desacato. Rompemos el espejo antes de que este nos devuelva la imagen de nuestras incongruencias, como ese personaje de “Una cierta sonrisa”, un cuento mío incluido en *La celada* (Valdano, 2002). Es decir, el descaro y el buen talante nunca nos faltan; uno y otro resultan ser también parte de lo que somos.

—Esto en Alemania sería inconcebible —acotó mi interlocutor—; sería el apocalipsis.

Ello marca justamente las distancias que siempre existen en los modos de ser, de persistir y aun de morir de las naciones. Dos pueblos tan distantes, el alemán y el ecuatoriano, diferentes casi en todo por raíces, historia, tradiciones y cultura, expresan en la vida cotidiana de cada uno de ellos saberes y actitudes que los identifican, definen y resumen seculares experiencias colectivas. Es comprensible que uno y otro reaccionen de distinta —y aún opuesta— manera ante el repentino estallido del desorden. Son respuestas funcionales y adecuadas para cada caso. El ecuatoriano común, acostumbrado a lo inesperado, no se amilana ni se abate, pone

en juego la imaginación y pronto inventa respuestas. El alemán, en cambio, con su apego al orden, su proverbial obediencia a la norma, su laboriosidad y su fe en la autoridad se siente desconcertado, incapaz de hallar una inmediata salida a no ser invocando un formal reclamo a una instancia del Estado. Cuando el orden es el hábito, el desorden repentino provoca desconcierto, histeria. Pero aquí el mundo no se acaba por ello, la vida sigue su curso y cada quien se adapta a lo que viene, se amaña con lo que consigue. ¿Virtud o defecto? El caos es un acicate a la imaginación, pone a prueba nuestra capacidad de inventiva. Si todo esto nos ayuda a sobrevivir, es obviamente un punto a nuestro favor. Caos equivale a vida en constante ebullición y reacomodo; es naturaleza primigenia en busca de su forma; es inestabilidad e inseguridad consiguiente. Y si este es dato objetivo, el caos, en el individuo, se traduce en subjetividad peculiar: la de aquel que vive de sorpresa en sorpresa; perplejidades que obligan a la innovación, a la respuesta improvisada ante lo inesperado. El cambio repentino de guardia, la asonada, el fracaso repetido y la consiguiente decepción son manifestaciones de una relación anárquica del poder.

Lo aceptemos o no, nos incomode o no, el caos y nuestra histórica adaptación a él han ido marcando la pauta del modo de ser del hombre ecuatoriano, esa disonancia con la que marchan nuestras vidas. En un ambiente de caos institucionalizado, rige la ley de sálvese-quien-pueda; sobrevive el más audaz. Germán Arciniegas (1990, p.12) decía: “[L]os americanos vivimos en un mundo arbitrario, en países exóticos y estrambóticos, en un gongorismo geográfico que elude las clasificaciones”. De ahí que sea la selva nuestra realidad dominante, la realidad que nos circunda, realidad que trasciende lo meramente botánico, lo geográfico, lo climático para adquirir un valor simbólico, un peso semántico que engloba lo sociopolítico.

Construir la nación

Entender esa comunidad histórica presentida como *nación ecuatoriana* es justamente uno de los objetivos de este libro; entenderla no solo desde aquellos mecanismos que la cohesionan, sino además desde esos impulsos de fondo que se han manifestado constantemente en su vida histórica y que han pugnado (y pugnan) por disociarla, disgregarla y desarticularla. Estos impulsos, objetivamente considerados, son

tendencias que se revelan en diversos ámbitos de la vida social, política e institucional; propensiones que alientan una cultura del desorden, la anarquía, la agitación constante o la revolución permanente; en fin, una predisposición al caos como un estilo latente de coexistencia, una forma de ser de nuestra difícil convivencia. La imagen de nación que hemos tenido los ecuatorianos ha estado siempre en crisis, y lo sigue estando ahora, porque nuestros logros colectivos han sido contingentes y provisionarios y nuestra política no ha dejado de marcar un ritmo de inestabilidad y duda acerca del futuro del país. A este magma de constante agitación y anarquía que brota de las entrañas del ser social, nuestros escritores del siglo XIX lo llamaron *barbarie* y los políticos del XX, *ingobernabilidad*. Metafóricamente, yo lo explico como la constante amenaza de la *selva*; esto es, el peligro siempre latente de pasar de un orden precario al caos recurrente. La selva: la realidad omnipresente en nuestro horizonte físico y mental; imagen que recuerda la exuberancia de lo vital con toda su capacidad de creación y abundancia, pero también de maligna y funesta pudrición. La selva: el “gongorismo geográfico”, la verborrea florida e insustancial de nuestros políticos, la feracidad tropical que ahoga todo paso, que borra todo camino, que enloquece toda brújula, el sudor, el agobio, la hinchazón del discurso patrioterero.

El desorden puede ser una situación pasajera, pero cuando es habitual, se torna cotidiano y pasa a ser visto como “normal”; entonces se llega al caos. El desorden permanente que llega a penetrar en todas las formas de la vida social se convierte en caos. La recurrencia al reino del caos es lo que yo llamo la inminencia de la *selva*, el desorden que está constantemente cerniéndose sobre nosotros. Si nuestra mirada se quedara en ello, pecaríamos de pesimistas; pero no, el diagnóstico de la propensión a la anarquía nos conduce, por reacción saludable, al aprecio de lo positivo que hay en todo este proceso, a la afirmación de aquellas tendencias salvadoras que persisten en nuestra condición humana y que se han manifestado históricamente impidiendo la desintegración del Ecuador como Estado y como nación. Me refiero a fuerzas racionales e instintivas, morales y culturales propias del pueblo ecuatoriano que han obrado de tal forma que han permitido, después de todo, que ese caos “funcione” para bien, no para la desintegración. Estos son justamente esos *camino*s a los que me he referido, aquellos que nos permiten orientarnos en medio de la *selva*. Esos caminos pueden ser muchos, y uno de ellos es, justamente, este deseo nuestro y plebiscitariamente expresado de *ser nación*.

De la observación espontánea que en esa ocasión hizo Mesías Maiguashca a propósito del espectáculo callejero que ofrecía la capital del Ecuador, quedó en mí la idea de que es el curso de lo inestable, contradictorio, abigarrado y discontinuo, en una palabra, de lo caótico, lo que, en cierta forma, configura la vida de nuestros compatriotas. Nada tiene esto de novedoso; no pocos visitantes extranjeros, tanto en el pasado como en el presente, han coincidido en observaciones semejantes. Sin embargo, pienso que, por debajo de este magma bullente de nuestra enmarañada vida cotidiana, está presente cierto orden que, a pesar de todo, subsiste; ello permite la coherencia y comunicación entre los distintos componentes de la trama social. Todo ello formaría parte del carácter de nuestro pueblo, un estilo de relación que se manifiesta en una manera de practicar la coexistencia y de enfrentar a la naturaleza. Los fundamentos de ese orden —lo dije ya— impedirían que nos disgreguemos como sociedad, que nos diluyamos en la incivilidad. Y si se trata de identificarlos, me atrevería a señalar unos cuantos de ellos: un fuerte sentimiento de comunidad; el respeto por el ser humano; la aversión frente al autoritarismo; una apelación a la medida; *cierta humanidad de fondo que busca la avenencia, que añora la disciplina*. Y algo que es fundamental y que quizás ni lo notamos: la voluntad de una comunidad, de nuestra comunidad, de construir día a día una nación, la nación ecuatoriana. En otras palabras: si hay un *curso vital* (*vitae cursum*) que jalona hacia el caos, hay también un *discurso racional* que anhela la coherencia.

Referencias bibliográficas

- Arciniegas, G. (1990). *América, tierra firme*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho.
- Tocqueville, A. de. (1963). *La democracia en América*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Valdano, J. (2002). *La celada*. Quito, Libresa.

2

Entre el *horror vacui* y el *proclivitas plenus*

Tropicalismo y hojarasca

Antonio Benítez Rojo (1989) ha interpretado el mundo caribeño como un ámbito geográfico y humano dominado por un gran espacio “vacío”: ese mar turquesa del Caribe, mar salpicado de cayos y tierra verde, intervalos de rumorante vegetación, reductos “llenos” de ritmo: las islas, los archipiélagos, ámbitos donde se repliega y se aprieta la vida humana para la intimidad fecunda, la holganza y la diligencia cotidiana. El mar, así como separa, es también camino, incitación a la aventura, puente que rompe el aislamiento. Para los caribeños, su mar (ese *mare nostrum* de ellos) ha sido, desde tiempos inmemoriales, el cruce de muchas sendas, sueños y empeños que han culminado en un particular sentimiento de comunidad de vida y cultura. Los románticos del siglo XIX miraban y sentían el paisaje como un *état d’ame*. Algo perfectamente coherente para temperamentos como los suyos en los que el *mundo* y el *yo* se percibían como entidades compenetradas, tanto que las sentían de manera panteísta. Lejos de una subjetivización tan radical de la naturaleza, es una opinión universalmente aceptada aquella que confiere al clima, a la tierra, al paisaje una influencia definitiva en la vida material y simbólica del ser humano, un dominio que se lo percibe aun en los más mínimos detalles. Y esto no es hacer coro a determinismo alguno. Si el paisaje caribeño —y, a través de él, la vida que ahí aflora— no es un estado del sentimiento, sí es, en cambio, expresión de una de las formas de ver el mundo americano.

Si a un cubano como Benítez Rojo le acapara una percepción de “vacío”, una sensación de aislamiento e incomunicación entre tierra y tierra

(“la isla que se repite” como dice él) cada vez que mira, siente y piensa en ese mar suyo, a un ecuatoriano común, nacido entre montaña y montaña, entre selva y selva, la experiencia que lo subyuga es realmente muy diferente. En vez del “vacío”, lo que agobia al ecuatoriano es la sensación de lo “lleno”, de lo henchido. La omnipresencia de lo geológico y la exuberancia de lo vivo no permiten intervalos para el vacío, para el silencio o la ausencia. Aquí, en el trópico, en la mitad del mundo, todas las cosas hablan al mismo tiempo. Lo atiborrado, lo bullicioso es nuestro ámbito, nuestra circunstancia física, psicológica, moral... No es raro, entonces, que viviendo en este “gongorismo geográfico”, huyamos instintivamente del vacío. Tropicalismo y hojarasca. Y aunque uno y otro brotan al calor de un mismo temple telúrico, no son idénticos. Si el tropicalismo es expresión legítima de un temperamento, la hojarasca es su vicio y su desborde. El infierno del mestizo es el vacío. Y si lo nuestro es ese *horror vacui* del que muchos han hablado, también, y de opuesta manera, lo es esa tendencia casi instintiva al *proclivitas plenus*. Lo uno es concomitante con lo otro: no hace falta sino echar un vistazo al barroco colonial, al arte popular, a la cultura urbana de hoy, al tráfigo callejero de nuestras ciudades, a las costumbres de nuestra gente.

Los Andes, esas murallas de viento y granito que ascienden al firmamento, llenan y limitan la percepción del hombre de la Sierra, circundan su mundo, hurtan la tendida visión del horizonte, reducen el cielo a esa celeste concavidad estrellada que se recorta tras los picos de las montañas... Y la selva, la selva tropical donde la vida y la muerte no reposan y en la que, en cada palmo de ella, todas las presencias se hallan reunidas; en la que todas las voces platican y todas las contemplaciones son posibles; la selva, ese ámbito del caos, donde todo convive con todo y, a la vez, todo conmuere con todo para perplejidad y desconcierto del espíritu humano; la selva, en fin, resulta ser la imagen más cercana a nuestra vida social, la metáfora adecuada para interpretar el existir colectivo de nosotros, los ecuatorianos. Es el abigarramiento de lo diverso, la modificación y la metamorfosis; la hibridación y la vida en perpetua transformación y contradicción. Universo ilimitado, sin borde ni mojón donde cada cosa es su centro y, a la vez, su periferia. Y si el vacío es nuestro infierno, un infierno del que instintivamente nos fugamos, es porque buscamos instalarnos en lo repleto, atiborrado y atestado; en una palabra, en lo caótico. Vuelvo a lo que anoté: la selva llega a ser una imagen cercana de nuestra realidad.

El discurso interminable

Si nuestro escenario es, como he dicho, un espacio “lleno”, un *continuuus* de presencias que niega el vacío, un ámbito abigarrado de formas, comprobamos, entonces, que todo está repleto de vida, de contenido, de significado. La pausa y el silencio llegan a ser excepcionales. *El nuestro es un espacio que habla, que grita constantemente.* Un discurso interminable de la naturaleza en medio del cual el ser humano puede llegar a sentirse solo. Viajar por la geografía es descifrar ocultos sentidos, percibir susurros, escuchar voces cálidas, cantos, oraciones, lamentos, quejidos, llantos, gritos de euforia. Todo ello encontraremos; lo que rara vez tendremos es el silencio. El silencio lo llevamos dentro, en el más oscuro recoveco del alma. Afuera es la palabra, siempre la palabra; la palabra que se repite, la anáfora, el eco que viene y va. Y es el desconcierto del ser humano el que se repite. Cada repetición conlleva algo nuevo, una variante, con lo que los significados se acumulan unos a otros; es decir, la selva ya no es solo vegetal, es también semántica. El *horror vacui* presente en casi toda manifestación de la vida popular (religión, rito, arte, discurso, gastronomía, danza...) tiene su origen en la realidad ambiental. Nuestra vida está marcada por el ritmo de un clima, el ecuador geográfico, y nuestra cultura está condicionada por el *locus*, el *ubique*, ese exuberante *loci fertilitas* del trópico ecuatorial. En concreto, es de aquí, de algo tan inmediato y evidente como es el tomarle el pulso y la temperatura a nuestro paisaje físico y emotivo (que es, como decir, a nuestro temperamento), que parte mi propuesta de hacer una relectura de lo ecuatoriano.

Decía Domingo Faustino Sarmiento (1956) refiriéndose a su país: “El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes”. Utilizando términos parecidos a los del autor del *Facundo*, yo diría que lo que a mi país le agobia no es la extensión de los grandes desiertos, ni las estepas vacías, pero sí el aislamiento que impone su áspera orografía, el enclaustramiento con el que castigan las selvas. Lo que domina al hombre de los trópicos es ese sentimiento de soledad que comunican las altas montañas, que transmiten las selvas, hasta hace poco impenetrables murallas de lo verde. Montaña y selva confunden y obnubilan al extraño que se aventura a penetrarlas, fatigan todo paso, borran todo camino, emborrachan toda brújula. Los sentimientos de lejanía e inseguridad son los que, por lo general, agobian a los pueblos que viven aislados en medio de una naturaleza enorme y

salvaje. Si habitan en la montaña fría, se cohíben, se repliegan; si en el trópico, se extravierten, se despojan. En uno y otro caso, el ecuatoriano guarda al fondo de su ser cierta estoica resignación ante la soledad; y, además, cierta fortaleza moral para afrontar un destino que no llega a entender del todo y que corre entre la indiferencia y la violencia.

El hombre y el paisaje

La historia de América Latina, su literatura, su mitología, sus leyendas, su pintura, las crónicas de descubridores, misioneros y aventureros de todos los tiempos están repletas de anécdotas referidas a la selva como la realidad omnipresente en la vida de estos pueblos. El colombiano José Eustasio Rivera pasa por ser uno de los escritores que mejor ha trasladado a la novela la experiencia de aquel que penetra en ese clausurado universo. La selva es “un cementerio enorme”; “catedral de la pesadumbre”, se lee en *La vorágine* (1929) la célebre novela de Rivera. James Orton, viajero inglés que visitó Ecuador en 1867, consignó observaciones minuciosas acerca del país y sus curiosos habitantes. Las impresiones que le producen las sobrecogedoras selvas del Oriente están atravesadas de admiración y temor. Dice:

La selva es una masa tan intrincada de lo viviente y lo yerto, que es difícil decir si su espíritu preponderante es la vida o la muerte. Es a un tiempo el cementerio y la cuna de un mundo de vegetación... La calma y la tenebrosidad son casi dolorosas: el disparo de un arma produce un eco sordo y cualquier ruido inesperado es sobrecogedor. En estas lúgubres sombras rara vez se ve un pájaro o una flor... Apenas hay algún ruido de la selva tropical que pueda llamarse alegre y confortante... [Los coleópteros] lucen como esmeraldas adheridos a las ramas. (Orton, 1860, p. 357)

Por su parte, Antonio Curcio Altamar (1957) ha escrito acerca de esa “agresividad maligna y misteriosa de la selva tropical que casi como factor humano penetra también en la tragedia del hombre contra el hombre”.

En síntesis, en esta sui géneris lectura de la textualidad de nuestra vida social (un otro-texto que se nos revela) ha surgido la noción de “la selva” como imagen cercana a la realidad profunda de lo ecuatoriano.

Referencias bibliográficas

- Altamar, A. C. (1957). *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá: Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo.
- Benítez Rojo, A. (1989). *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Orton, J. (1960). *El Ecuador visto por los extranjeros*. Quito: Biblioteca Ecuatoriana Mínima.
- Rivera, J.E. (1948). *La vorágine*. Santiago de Chile: Zig-Zag.
- Sarmiento, D. F. (1956). *Facundo o Civilización y barbarie*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.

3

Obsesión del ombligo

Macondo: un retorno al “buen salvaje”

Corrientes del pensamiento latinoamericano de comienzos del siglo XX explicaron nuestra cultura desde una supuesta condición idealista, desde una vocación humanista muy propia de los pueblos latinos, contraria a la esencia pragmática de los anglosajones. Esta idea nos complacía y pese a que nos condenaba a ser parte de un mundo marginal, nos hacía sentir superiores, espiritualmente hablando. No hay duda de que cierto quijotismo, ese sentido de supremacía moral de clara herencia hispánica, sigue marcando la pauta de nuestra actitud frente a la vida. Durante las décadas de los cincuenta y sesenta de ese mismo siglo, la pléyade de la narrativa de este continente (Asturias, José de la Cuadra, Carpentier, García Márquez) presentó la experiencia vital y la historia de estos pueblos desde una concepción mítica y mágica del mundo, una visión fundamentalmente antidualística de las cosas. Muchos han supuesto que la segunda interpretación supera y relega a la primera. Pero yo no creo que sea así. Ambas visiones coinciden en algo fundamental: se sustentan en una imagen circular del tiempo. En síntesis, arielismo y macondismo no son sino dos caras de la misma medalla. Gracias a estos retratos que nos hacemos de nosotros, ahondamos ese irrefrenable sentimiento de soledad que nos caracteriza y que, en gran medida, nos desubica frente a la modernidad.

La soledad es un sentimiento que está unido a nuestra experiencia del mundo. Es la soledad y es la tristeza de los trópicos. Seguimos creyendo que los milagros son posibles; sobre todo aquellos que nos llegan de fuera: tecnología, modernidad, adelanto... Las categorías de la razón adquieren visos de sospecha; nos adherimos más a las interpretaciones

mágicas o maravillosas. Más allá de la metáfora, Macondo puede llegar a ser una pesadilla. Mientras más exóticos nos definamos, más apartados estaremos del mundo contemporáneo, condenados a ser un paisaje turístico, un punto de paso. Obsesionados por nuestro ombligo, no alzamos la vista para contemplar el espectáculo que los nuevos tiempos brindan a la imaginación del hombre.

Extinguida la fanfarria publicitaria del *boom* literario latinoamericano, la crítica europea decanta, hoy en día, el real sentido histórico de aquellas expresiones que con tal movimiento se manifestaron, como el denominado *realismo mágico*. Así, por ejemplo, Lothar Müller no deja de tener razón cuando dice que “el *realismo mágico* se convirtió en escenario para el retorno de la figura del buen salvaje”. Si ello es así, equivaldría a que, con tal literatura, se habría refrendando una imagen arcaica que los europeos tenían del americano y que nosotros creíamos superada: la idea del americano primitivo. Para este redactor del *Süddeutsche Zeitung*, *Cien años de soledad* edificó un teatro en el que “García Márquez, ese tunante culto, sacó a relucir a su anciana abuela, la mujer que, a través de sus historias, le había revelado el secreto sobre cómo contar las cosas más espeluznantes con el tono más natural del mundo”. En fin, y desde su punto de vista,

el realismo mágico se transformó en la idea de una realidad tropical, en todo caso, no europea, que producía narradores de pura cepa, ya que en esa realidad existían milagros que se habían extinguido hacía mucho tiempo en las latitudes del racionalismo occidental (Müller, 2008).

Por otra parte, Emil Volek (2007, pp. 133-134) de la Arizona State University, opina que “el macondismo surge como resultado y como compensación del fracaso del continente en su búsqueda de modernización”. Macondo dejó de ser una imagen satírica del mundo latinoamericano para convertirse en ilustración tópica y elucidación forzada de esa realidad.

Al no haber encontrado reconocimiento y respeto en el mundo real, América Latina parece buscarlos —y encontrarlos— en el mundo ilusorio del macondismo y del realismo mágico. El macondismo aparece como el reverso cultural —embellecido por las ficciones literarias— de la modernidad limitada, frustrada o fracasada en el continente. [En otras palabras: el acierto de *Cien años de soledad* sería